

destine convenientemente según su nuevo grado (\*).»

Como Washington esperaba que el ataque se haría por la parte de Rhode-Island, tomó sus medidas en consecuencia, y por su parte el general Greene, que había estudiado cuidadosamente el terreno, mandó levantar á toda prisa algunas fortificaciones desde la bahía de Wallabout, al Norte, hasta Gowanus-Cove, al Sur, y nueve mil hombres á las órdenes del general Sullivan, se acamparon despues en Brooklyn. A unas dos millas y media, en frente de los atrincheramientos y reductos, había unas alturas cubiertas de espeso bosque, que estendiéndose desde el Sudoeste al Noroeste, formaban á través de la isla una barrera natural, cruzada por tres caminos; uno á la izquierda que conducía desde Bedford y Bedford-Hills, al pueblo de Jamaica; otro central que iba á parar á Flatbush y el último, situado á la derecha, que desembocaba por Gowanus-Cove en Narrows y Gravesend-Bay. Por desgracia, el general Greene, se vió atacado en el mes de agosto por una violenta fiebre, razón por la que recayó el mando en el general Putnam, cuya falta de conocimientos del terreno fué causa de que no dejase suficientemente protegido el camino de Jamaica, dando esto lugar á que el jefe inglés hallase una ocasión propicia para atacar á los americanos de frente y por la retaguardia al mismo tiempo. A causa de la confusión y falta de disciplina, no se cumplieron con exactitud las órdenes que se habían dado para guardar los caminos, y á esto se debió principalmente que los ingleses obtuvieran una ventaja que acaso de otro modo no hubiesen conseguido.

Las tropas británicas, en número de

(\*) *Vida de Silas Talbot, Comodoro de la escuadra de los Estados-Unidos*, por Enrique Tuckerman, págs. 22-30.

diez mil hombres, con cuarenta piezas de artillería, desembarcaron en Long-Island el día 26 de agosto é hicieron sus preparativos para dar un vigoroso asalto. En frente del centro de las alturas se hallaba el general De Heister, con las tropas de Heese; el ala izquierda, al mando del general Grant, debía atacar el camino bajo, y entretanto el general Clinton, apoyado por el Conde Percy y el general Cornwallis, avanzaría á la cabeza del ala derecha hácia el camino de Jamaica que se hallaba muy mal custodiado, con el objeto de atacar á los americanos, colocarlos entre dos fuegos y cortarles toda retirada. Aquel hábil plan de operaciones salió demasiado bien por desgracia de los patriotas. A eso de las nueve de la noche del día 26, la division de Clinton, guiada por un Tory de Long-Island, atravesó el estrecho sendero que hay cerca del pueblo de New-Lots, llamado Shoemaker's Bridge (Puente del Zapatero), donde según se dijo, un solo regimiento hubiera bastado para impedir que pasasen los ingleses, y habiéndose sabido por un prisionero que el camino de Jamaica no estaba guardado, apresuráronse los ingleses á tomar posesion de él, así como tambien de Bedford. Por su parte el general Sullivan ignoraba completamente que Clinton hubiese salido de Flatlands.

El general Grant, aquel fanfarron que en la Cámara de los Comunes había dicho que los americanos no podrian pelear, avanzó por su parte á media noche por el camino bajo, y de este modo pudo aproximarse á las tropas mandadas por el general Stirling, mientras que al romper el día, De Heister atacaba á las tropas americanas que á las órdenes del coronel Hand, se hallaban apostadas en la cresta de las colinas. Al mismo tiempo uno de los buques seguía cañonean-

do el fuerte de Red-Hook, evidentemente con la intencion de distraer al enemigo para que no notase lo que estaba pasando en la izquierda; pero tan pronto como se notaron las señales que hacia Clinton con sus disparos, dicho buque avanzó rápidamente para tomar parte en el ataque, y forzando los pasos sin mucha dificultad, sorprendió á los americanos con sus andanadas.

Entonces Clinton, marchando con la mayor rapidez á través de Bedford, cayó sobre el flanco izquierdo de las tropas americanas, que cogidas así entre dos fuegos tuvieron que rendirse la mayor parte. Los patriotas, no obstante, lucharon por algun tiempo con la mayor bravura, ó mejor dicho con el valor de la desesperacion; unos se vieron cercados por la caballería, otros fueron víctimas de las bayonetas de los soldados de Heese, y no pocos, en fin, vendieron caras sus vidas defendiéndose entre las rocas ó entre los árboles. Puede decirse que aquella fué una escena de espantosa carnicería, donde por algunas horas no se oyó mas que el estruendo de las armas, el rudo galopar de los caballos, el estampido de los cañones y la fusilería, y el siniestro toque de los clarines. Algunos americanos pudieron á costa de heróicos esfuerzos atravesar peleando las líneas del enemigo y otros pudieron refugiarse en las colinas; pero como ya hemos dicho antes, la mayor parte fueron muertos ó prisioneros, hallándose entre estos últimos el general Sullivan.

El cuerpo de ejército que mandaba Stirling se sostuvo contra las fuerzas de Grant, quien aguardaba la señal de Clinton para rigorizar el ataque. Conociendo en qué peligro se hallaba, Stirling quiso retirarse al campamento, pero habiéndole salido al encuentro Cornwallis y sus granaderos, no pudo conseguir su objeto. Siguióse entonces

una desesperada y sangrienta lucha en la que perecieron mas de doscientos cincuenta hombres, y si bien una parte de las tropas consiguió efectuar su retirada á través de Gowanus-Creek, Lord Stirling quedó prisionero. Washington que había presenciado el ataque desde una colina cercana, elevó sus manos al cielo exclamando con acento de angustia: «¡Dios mio! ¡Dios mio! cuántos valientes pierde en este día mi ejército!»

La victoria de los ingleses fué completa, sin que perdieran mas de cuatrocientos hombres, en tanto que los americanos, entre muertos, heridos y prisioneros, tuvieron lo menos dos mil bajas (\*). Washington esperaba que el enemigo procediera inmediatamente á destruir las fortificaciones, y caso de haberlo hecho así, es probable que el resultado hubiese sido desastroso; pero el jefe británico, conteniendo el ardor de sus tropas, y acampando delante de las líneas americanas, hizo sus preparativos para regularizar los aproches. Ya sea que el general Howe temiese las consecuencias de atacar á una gente desesperada, ó bien porque supusiera que con el auxilio de los buques no podría escaparse el enemigo, ello es que prefirió suspender por entonces la lucha para abrir trincheras. Por espacio de dos días estuvo lloviendo incesantemente, y si entonces los buques ingleses hubieran avanzado por East-River, (rio oriental) estacionándose luego entre Brooklyn y Nueva-York, es probable que no se hubiese salvado el campamento, mas por fortuna un fuerte Noroeste impidió á los ingleses hacerlo así. Los momentos eran preciosos, pues un repentino cambio de viento cortaría toda retirada, tanto mas cuanto que Clinton se preparaba

(\*) Marshall discute muy hábilmente acerca de la pericia de Washington en lo tocante á la defensa de Long-Island. Véase la *Vida de Washington*, vol. 1, págs. 92-94.

á enviar parte de su ejército á través de Sound, para amenazar á Nueva-York, y en su consecuencia, Washington reunió el consejo de guerra, en el cual se resolvió retirarse de una vez con las tropas, fijándose para el embarque la hora de las ocho de la noche del 29 de agosto. Habíanse hecho todos los preparativos necesarios y las tropas se hallaban dispuestas á marchar, pero la fuerza del viento por una parte, y el reflujo de la marea por otra, retrasó la marcha algunas horas, pareciendo que todo se conjuraba para frustrar la empresa. En aquellos momentos el enemigo trabajaba tan activamente en los aproches, y hallábase ya tan cerca, que se oían distintamente los golpes de los picos y azadas, si bien este ruido convenia mucho para que no se oyese el movimiento de los americanos que marchaban con el mas profundo silencio. A eso de las dos de la mañana, estendióse por la atmósfera, envolviendo enteramente á Long-Island, una densa niebla que impedía distinguir los objetos, y como quiera que tambien cambiase el viento, los soldados se lanzaron á los botes y consiguieron trasladarse á la opuesta orilla. Todo se hizo con tan buena fortuna que la mayor parte de la artillería, juntamente con los caballos, las provisiones y otros muchos efectos, fueron trasladados á Nueva-York sin contratiempo alguno. Washington que por espacio de cuarenta y ocho horas no se habia apeado del caballo ni cerrado los ojos, por mas instancias que se le hicieron, rehusó entrar en el bote hasta que estuvieran embarcadas todas las tropas y él fué el último que atravesó el rio (\*).

(\*) Mr. Irving, al hablar de este hecho explica de qué modo se consiguió que la retirada de Washington y sus tropas no llegase á conocimiento de los ingleses hasta la mañana siguiente. Véase la *Vida de Washington*, vol. II, páginas 334-335.

Después de haber dejado una fuerza considerable en Nueva-York, Washington se acampó con el cuerpo principal de ejército en las alturas de Harlem, al extremo Norte de la isla, disponiendo tambien todo lo conveniente para retirarse al condado de Westchester si llegara á ser necesario. Los ingleses se habian posesionado ya de Long-Island; hallábanse los buques de guerra anclados á un tiro de cañon de la ciudad, y Howe seguia haciendo sus preparativos para continuar el ataque contra las derrotadas tropas americanas.

Profundamente disgustado el comandante en jefe, dirigió al Presidente del Congreso en 2 de setiembre la siguiente carta: «Nuestra situacion es verdaderamente desesperada: la derrota del 27 ha desanimado mucho á nuestras tropas, inspirándoles tanto temor como inquietud. La milicia en vez de sacar fuerzas de flaqueza para oponer una vigorosa resistencia á fin de reparar nuestras pérdidas, se muestra intratable é impaciente por volver á sus casas, y muchos hombres se han marchado ya, habiendo llegado el caso de que se vayan á un tiempo compañías enteras, y hasta regimientos. Esta sola circunstancia, independientemente de otras, cuando hay que luchar con un enemigo formidable que cuenta con fuerzas superiores, es ya de por sí bastante enojosa; pero cuando este ejemplo es causa de que se desmoralice el resto de las tropas que carecen de disciplina y de la necesaria subordinacion, sin la cual no puede sacarse el menor partido de un ejército, nuestra situacion se hace mucho mas alarmante, y con el mas profundo sentimiento debo confesar, que no tengo la menor confianza en la generalidad de las tropas.»

Howe, que suponía, no sin razon, que la derrota de los americanos en Long-Island, les causaria una impresion profunda, envió

á Philadelphia al general Sullivan, quien como hemos dicho fué hecho prisionero, para ofrecer al Congreso la renovacion de un tratado de paz, encargándole al propio tiempo manifestase que deseaba conferenciar privadamente y como caballero con algunos miembros de la Cámara, toda vez que no le era posible reconocer su posicion oficial. Después de haber deliberado largamente el Congreso sobre este punto, resolvió enviar un comité para que se avistara con los Howes, y en cumplimiento de esta disposicion Franklin, Juan Adams y Eduardo Rutledge marcharon como diputados á la isla de Staten, para oír á Lord Howe. La conferencia se celebró el 11 de setiembre, pero el resultado fué el mismo que se esperaba, porque los jefes británicos no tenian autorizacion para hacer cosa alguna, no mediando la sumision á la Corona y por su parte los delegados del Congreso no podian ni querian aceptar condiciones por las cuales dejara de reconocerse la independenciam de los Estados-Unidos.

No habiéndose conseguido nada con las negociaciones, hacíase preciso prepararse de nuevo á las hostilidades, pero el estado de los negocios era tan crítico, que acaso ninguno, escepto Washington, se hubiera atrevido á seguir adelante con la empresa en vista de las numerosas dificultades y obstáculos que por todas partes le rodeaban. El carácter de la lucha era tal, que apenas podía sostenerse ésta sin llevar á cabo alguno de esos brillantes hechos de armas que son necesarios para reanimar el espíritu público, excitando el entusiasmo del país; y con sus desorganizadas fuerzas no podia esperar Washington vencer al enemigo en una batalla decisiva. Lo único á que podia aspirar era á entorpecer la marcha de los ingleses, cortando las comunicaciones y haciendo lo posible para que no adelantasen, lo cual pa-

recia mas prudente que buscar inevitables derrotas ó victorias imposibles. Hasta que ocurrió el desastre de Long-Island, lisonjeábanse los americanos de que el éxito favoreceria constantemente sus armas, y aquel exceso de confianza hizo que fuese mas amargo su desengaño. Al principio creyeron que el valor sin la disciplina lo haria todo, mas luego se convencieron de que se necesitaban ambas cosas, y esto desanimó á la milicia, induciéndola á volver á sus casas, abandonando sus banderas por compañías y hasta por regimientos.

Habiendo terminado Howe sus aproches á Nueva-York, era lo mas importante para Washington averiguar cuáles serian los planes del enemigo, á fin de contrarrestarlos en lo posible, y en su consecuencia, encargó al bravo coronel Knowlton que escogiera un hombre á propósito para el objeto. Knowlton llamó á sus oficiales, y habiéndoles manifestado lo que deseaba el general, ofrecióse inmediatamente á prestar sus servicios un tal Nathan Hale, natural de Connecticut, educado en el colegio de Yale, jóven de finos modales y poseido sobre todo del mas ardiente entusiasmo por la causa de su país. Después de la batalla de Lexington habia obtenido una comision en el ejército, y al desempeñarla, dió pruebas de que podria ser un excelente oficial. Sin hacer aprecio de las observaciones de sus amigos, Hale aceptó sin vacilar la peligrosa mision de que le encargó Washington, y hácia mediados de setiembre dirigióse á Long-Island, atravesó el campamento del enemigo y obtuvo los informes que se necesitaban; pero cuando trataba de volver, cogieronle prisionero y le enviaron á Sir Guillermo Howe. Hale confesó á lo que iba sin el menor escrúpulo, y reconocido como espía, dióse orden el 21 de setiembre para que le ahorcaran á la ma-